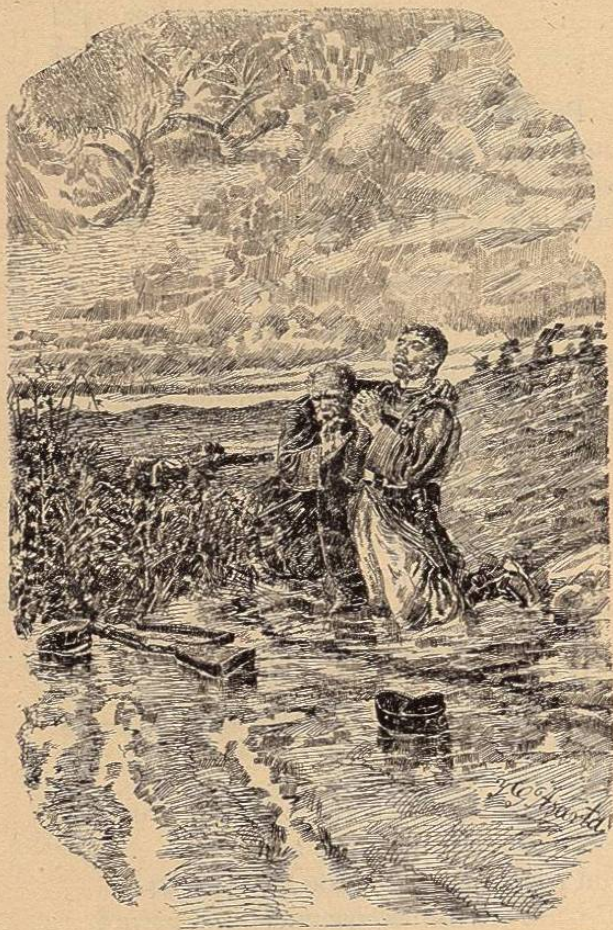


## CXXXI

## EL BUEN EJEMPLO

Dejó un proyectil perdido,  
de una batalla al final,  
junto á un asistente herido,  
medio muerto á un general.



Mientras grita maldiciente  
el general: — ¡Voto á bríos! —  
resignado el asistente  
murmuraba: — ¡Creo en Dios! —

Callan, volviendo á entablar  
este diálogo al morir:

— ¿Tú, qué haces, Blas? — ¿Yo? rezar.  
¿Y vos, señor? — ¡Maldecir!

— ¿Quién te enseñó á orar? — Mi madre.  
— ¡La mujer toda es piedad!  
— ¿Y á vos á jurar? — Mi padre.  
— Claro, siendo hombre... — Es verdad.

— Rezad, señor, como yo.  
— Eso es tarde para mí.  
Yo no creo... porque no.  
Tú ¿por qué crees? — Porque sí.

— Ya hay buitres en derredor  
que nos quieren devorar.  
— Son los ángeles, señor,  
que nos vienen á salvar! —

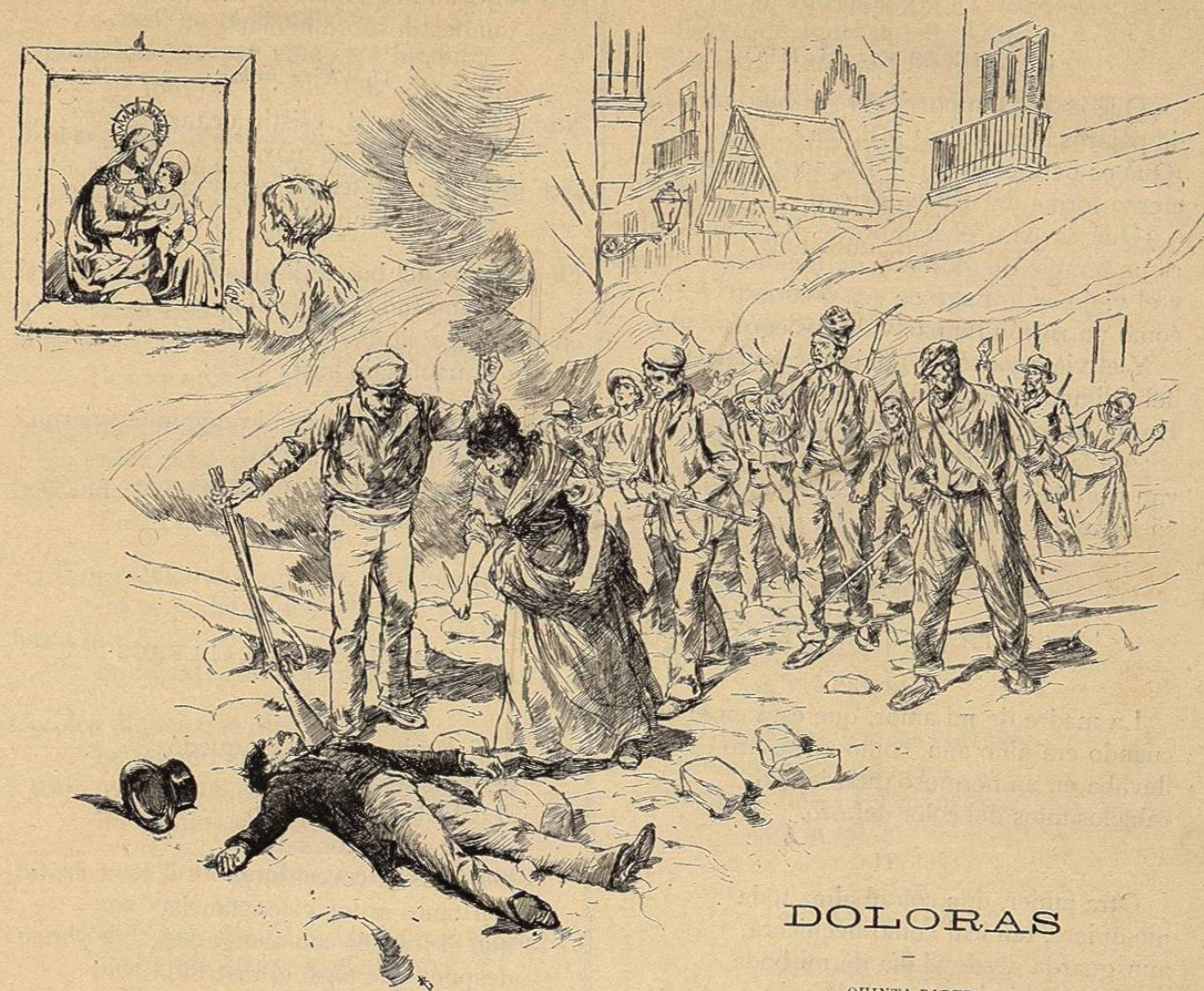
Y ambos decían verdad,  
pues á menudo se ve  
que halla buitres la impiedad  
donde halla ángeles la fe.

— ¡Adiós, señor! — ¿Dónde vas?  
— Voy allí... — ¿Dónde es allí?  
— A la gloria... — ¿Y dejas, Blas,  
á tu general aquí?

No me dejes, mal amigo.  
— Pues venga esa mano... — Ten;  
y aunque dudé, iré contigo  
creyendo en tu Dios también. —

Y así, cuando ya tenían  
una misma fe los dos,  
abrazados repetían  
el «¡Creo en Dios!» «¡Creo en Dios!»

Y como era ya un creyente,  
pasó, lo que es natural,  
que, abrazado á su asistente,  
subió al cielo el general.



## DOLORAS

QUINTA PARTE

## CXXXII

## LA LEY DEL HAMBRE

Corre la madre al motín,  
adonde el rencor la llama,  
dejando un niño en la cama  
bello como un serafín.

Niño que al ver junto al lecho  
de una Virgen el retrato,  
que da alegre y sin recato  
á un niño Jesús el pecho,

Con hambriento frenesí  
ansioso á la Virgen toca  
en los pechos y en la boca,  
como diciendo: «¡á mí, á mí!»

Pero, aunque con vivo anhelo  
el niño el pecho pedía,

la Virgen se sonreía  
más impasible que el cielo.

Y mientras la madre hiere  
gritando: «¡muera el tirano!»  
y hambrienta y puñal en mano  
lucha y lucha, y mata y muere,

El niño, exánime y yerto,  
hunde el dedo en el papel,  
gime airado, tira de él,  
rasga el cuadro, y cae muerto.

¡Así, venciendo á los dos  
del hambre la dura ley,  
ella, inicua, mata al Rey,  
y él, impío, rasga á Dios!

## CXXXIII

## LO QUE ES EL OLIMPO

¿Qué es el Olimpo? — Para el niño un juego de pájaros, de músicas y flores.

¿Qué es para el joven? — Lupanar de amores, eterna forma del Eliseo griego.

¿Qué es para el hombre? — Para el hombre es un templo de glorias y de honores; (ciego y el viejo se lo finge en sus dolores como un rincón de paz y de sosiego.

Y el viejo ya senil, ¿en qué convierte del Olimpo la espléndida morada? — En un *no ser*, que es menos que la muerte.

¡Así la infancia y la vejez helada van cambiando el Olimpo de esta suerte en *flores*, en *amor*, en *paz*, en *nada!*

## CXXXIV

## LOS TRES GUARDAPELOS

## I

La madre de mi amor, que está en el cielo, cuando era niño aún, como un tesoro llevaba en un hermoso guardapelo cabellos míos del color del oro.

## II

Otra mujer, que con el alma toda me quiere, tan leal como hechicera, aun guarda desde el día de mi boda un rizo de mi obscura cabellera.

## III

¡Ay! ¡como nadie, por horror al frío, quiere hoy tocar de mi cabeza el hielo, ya sólo para tí, cabello mío, mi sepulcro será tu guardapelo!

## CXXXV

## VIAJE REDONDO

## I.—A LA IDA

Parte el buque, y lo bate inútilmente la tempestad. ¿Por qué? Porque al ir, la tormenta es impotente contra el genio y la fe.

Sobre el buque los pájaros cayeron cansados de sufrir.

Los hombres, sin piedad, se los comieron; salió el sol, y ¡a vivir!

¡Qué hermoso es el principio de la vida! ¡sentir, creer, triunfar!

¡Un viaje, en buque nuevo, es á la ida un festín sobre el mar!

## II.—A LA VUELTA

Nada, á la vuelta, á resistir alcanza los ímpetus del mar.

¡Sin juventud, sin fe, sin esperanza, es inútil luchar!

De pedazos del buque haciendo naves, y ansiando otro festín, en cómoda actitud vieron las aves el naufragio hasta el fin;

Y haciendo ellas después lo que antes vieron, con un hambre voraz las aves á los hombres se comieron... Y ¡todo quedó en paz!

## CXXXVI

## CABALLOS Y CABALLEROS

## I

Cercado un francés quedó, pero, escapando ligero el caballo, al caballero de los prusianos salvó. De éstos el corcel huyó con tanto ardor y constancia, que el francés con arrogancia, después que pasó el rastrillo, desde su propio castillo libre gritó: — ¡Viva Francia!

## II

Sitiado por hambre, y fiero destrozándolo á sablazos, se fué comiendo á pedazos al caballo el caballero. — ¿Al que lo salvó primero lo pudo él matar después? — ¡Sí! ¡por un vil interés hacen mil gentes que callo lo que hizo con su caballo el caballero francés!

## CXXXVII

## LA INSURRECCIÓN DEL AGUA

Una fuente de un valle en Santa Elena ve correr Napoleón, cierto día de invierno en que la pena le atrofia el corazón.

— Como yo — murmuró — que impenitente caeré en el ataúd, aspirando á ser mar vive esta fuente en perpetua inquietud. —

Y una pobre aguadora que le oía, contestó á Napoleón:

— El agua con su eterna rebeldía huye de la opresión.

¿Cómo, señor, el agua de las fuentes tranquila podrá estar, si la arrastran, en tierra las pendientes, los vientos en el mar? —

Sintiendo un frío que le llega al alma, dice el héroe: — Es verdad: buscando el agua en su nivel la calma, busca la libertad.

La insurrección del agua de esta fuente no se podrá calmar hasta que halle cabida suficiente en la extensión del mar.

Con los diques que alzó mi tiranía he faltado al deber, y traje, en vez del orden, la anarquía mi omnímodo poder.

¡Sí! ¡sí! Pese á mi nombre, no es la historia una vieja locuaz, cuando dice que el mundo, antes que gloria, pide á los dioses paz. —

Y terminó diciendo: — En el planeta, la loca humanidad, como esa agua que corre, estará quieta cuando esté en libertad. —

¡Y al pensar que ha llevado el desconcierto al mundo su poder, con la cara más lívida que un muerto mira el agua correr!...

## CXXXVIII

## LA FE DE LAS MUJERES

Cierto monte por su altura no dejaba ver el mar desde la casa del cura de un lugar.

Para ampliar el horizonte, con un cuento baladí trasportó el cura aquel monte. — ¿Cómo? — Así:

— A las que una piedra — dijo — lleven de aquel monte, Dios les dará á algunas un hijo, y á otras dos. —

Hubo mujer diligente que se llevó de una vez, no una piedra solamente, sino diez.

Con fe rubias y morenas fueron al monte á buscar más hijos-piedras que arenas tiene el mar.

Despojando grano á grano las niñas el monte aquel, lo pusieron con el llano á un nivel.

Perdió así el monte su altura, y al fin vino á resultar que desde casa del cura se vió el mar.

¡Como cree con las entrañas toda mujer, cuando cree, trasporta hasta las montañas con la fe!

## CXXXIX

## EL SOL PERDIDO

## I

Un sabio, á cuya hija fué la muerte de la cuna á arrancar, como sabio, á la madre de esta suerte la quiere consolar:

— ¡Oh, qué inmenso dolor! ¡esas estrellas que ves resplandecer, circundaban á un sol más grande que ellas que se ha apagado ayer!

¡Cuántos hijos y padres sin consuelo habrán muerto quizás en ese sol que se perdió en el cielo para siempre jamás. —

## II

Mirando con desprecio al firmamento mientras el padre habló, — ¿Qué le importa tu ciencia al sentimiento? — la madre replicó: —

Si hoy falta en el espacio de una estrella  
el pálido arrebol,  
la cuna de tu hija está sin ella  
como el cielo sin sol.

No hay locura mayor que la locura  
de querer comparar  
un sol con aquel ser cuya hermosura  
al cielo fué á alegrar.

Ha muerto un sol, mas, de la niña bella  
al invencible imán,  
en el espacio azul, al paso de ella,  
mil soles brotarán.

¡Ay! ¡desde el día en que sus labios fríos  
quedaron sin color,  
no habrá sol que á los tuyos ni á los míos  
les devuelva el calor!

¡Ya esta cuna vacía nos condena  
á eterna soledad!... —  
Y el sabio murmuró con honda pena:  
— ¡Es verdad! ¡Es verdad! —

## III

¡E implorando los padres sin fortuna  
la clemencia de Dios,  
se abrazaron, cayendo ante la cuna  
de rodillas los dos!

## CXL

## LA COPA DEL REY DE THULÉ

— ¿Me quieres? le preguntó  
un galán á una doncella.  
Él era muy pobre, y ella  
le contestó airada: «No!»  
Quedó él lleno de pesar  
sobre una roca sentado,  
y al verse tan despreciado  
se echó de cabeza al mar.

Llegó al fondo, y, al morir,  
tentando un cáliz, lo asió,  
pensó en Dios... nadó... subió...  
y dijo: «¡quiero vivir!»

Cuando hizo á la orilla pie  
vió el cáliz de oro en que había  
un letrero que decía:  
*copa del Rey de Thulé.*

Sobre la roca después  
se hablaron él y ella así:  
— Soy rico, ¿me quieres? — Sí!  
— Dame un beso... — Y dos y tres...

Mas cuando le fué á besar,  
viendo él la codicia de ella,  
rechazando á la doncella  
la echó de cabeza al mar.

## CXLI

## ¡SI UNA PUDIERA HABLAR!

¿Te acuerdas, madre mía? Apasionada  
le iba á hablar de mi amor,  
cuando ahogaste mi voz con tu mirada  
en nombre del pudor.

Alcé los ojos, apelando al cielo...  
Me volviste á mirar,  
y obediente otra vez, mordí el pañuelo  
para poder callar.

Te escribo, protestando, madre mía,  
que en pláticas de amor  
si es muy malo pecar, la hipocresía  
es mil veces peor.

¡El dolo y la mentira son las cosas  
que convirtiendo van  
la sangre femenil de agua de rosas  
en lava de volcán!

Nunca encauza á la fuerza el albedrío,  
como el cielo no dé  
gran temple á la razón, gran lecho al río  
y al corazón gran fe.

Aunque es, con un amor incontrastable,  
imposible luchar,  
aun sería la vida soportable  
¡si una pudiera hablar!

Y en vano es resistir: cuando se adora,  
á pesar del pudor,  
nace, brilla, se extiende y nos devora  
la llama del amor.

¡Callar y sucumbir! ¡Cuántas mujeres,  
sintiéndose abrasar,  
cumpliendo lo que llaman sus deberes,  
se mueren por no hablar!

¡Gangrenando el fastidio hasta sus huesos,  
¿qué fué de él? Que, cual yo,  
con la fiebre del hambre de dar besos  
sufrió mucho, y murió!

Y yo muero también; con él unida  
gozaré la embriaguez  
de un amor que callé toda mi vida  
por no hablar una vez.

¿Quién no anhela morir, con la experiencia  
de que, si es bueno amar,  
un martirio sin gloria es la existencia  
por no poder hablar?

He visto otras hermosas criaturas,  
pero, á su imagen fiel,  
en lo hondo de sus ojos no hallé honduras  
como en los ojos de él.

Aun quema la raíz de mi cabello  
su imagen celestial,  
y le llevo al morir colgado al cuello  
lo mismo que un dogal.

¡Adiós! Como una tromba de alegría  
voy de su amor en pos...  
Espejo de mi alma, madre mía,  
¡adiós! ¡adiós! ¡adiós!

## CXLI

## LA SANTA REALIDAD

¡Inés! tú no comprendes todavía  
el ser de muchas cosas.  
¿Cómo quieres tener en tu alquería,  
si matas los gusanos, mariposas?

Cultivando lechugas Diocleciano,  
ya decía en Salerno  
que no halla mariposas en verano  
el que mata gusanos en invierno.

¿Por qué hacer á lo real tan cruda guerra,  
cuando dan sin medida  
almas al cielo y flores á la tierra  
las santas impurezas de la vida?

Mientras ven con desprecio tus miradas  
las larvas de un pantano,  
el que es sabio sus perlas más preciadas  
pesca en el mar del lodazal humano.

Tu amor á lo ideal jamás tolera  
los insectos por viles.  
¡Qué error! ¡Sería estéril, si no fuera  
el mundo un hervidero de reptiles!

El despreciar lo real por lo soñado,  
es una gran quimera;  
en toda evolución de lo creado  
la materia al bajar sube á su esfera.

Por gracia de las leyes naturales  
se elevan hasta el cielo  
cuando logran tener los ideales  
la dicha de arrastrarse por el suelo.

Tú dejarás las larvas en sus nidos  
cuando llegue ese día  
en que venga á abrasarte los sentidos  
el demonio del sol del medio día.

Vale poco lo real, pero no creas  
que vale más tampoco  
el hombre que, aferrado á las ideas,  
estudia para sabio y llega á loco.

Tú adorarás lo real cuando, instruída  
en el ser de las cosas,  
acabes por saber que en esta vida  
no puede haber sin larvas mariposas.

¡Piensa que Dios, con su divina mano  
bendijo lo sensible,  
el día que, encarnándose en lo humano,  
lo visible amasó con lo invisible!

## CXLI

## LA CRUZADA DE PACHÍN

Como cruzado, á Judea  
fué de escudero Pachín  
con el Abad de la aldea  
de Serín.

Para hacer un relicario  
juró traer á su amor  
un pedazo del sudario  
del Señor.

Pero Pachín ¿no sabría  
que, si Dios bajó á morir,  
volvió al cielo al tercer día  
á subir?

Y si la tumba sagrada  
no encerró á Cristo jamás,  
¿qué halló en ella? — ¡Polvo y nada,  
nada más!

— «Por un sepulcro vacío, —  
Pachín se atrevió á decir,  
— ¡cuánto hombre viene, Dios mío,  
á morir!»

Y, sin lograr los tesoros  
que, al ir, pensaba traer,  
le vapulearon los moros  
al volver.

Perdió la fe en tal jornada...  
y se condenó por fin.  
Así acabó la cruzada  
de Pachín.

## CXLIV

## EL ORIGEN DEL MAL

## I

Sabr  todo el que estudie esta dolora,  
si ya no lo sabía,  
que el diablo antiguamente, como ahora,  
era un bribón de la mayor cuantía.

Y sabr  con escándalo la gente,  
con qué vil artificio  
pudo el diablo probar que es solamente,  
prolongación de la virtud, el vicio.

## II

Le dijo Dios   un  ngel cierto día,  
en viejo castellano:  
— «Bajar s al Edén, de parte mía,  
  animar con mi aliento el barre humano.»

Y bajó. Y las virtudes cardinales  
trajo de la alta esfera,  
para nervios de Adán, por ser iguales  
  un haz de filamentos de palmera.

## III

Una tarde que el  ngel contra un pino  
se durmió dulcemente,  
el demonio llegó por un camino  
que es cauce en julio y en abril torrente.

Y como es un traidor, diestro en su oficio,  
probó el diablo con maña  
que va entrañado en la virtud el vicio,  
como se halla el castaño en la castaña.

Y estirando,   medida de su gusto,  
las fibras vegetales,  
pasó de un justo medio   un cabo injusto  
  todas las virtudes cardinales.

Y resultó pecado la belleza;  
el poder, tiranía;  
un horror   la especie, la pureza;  
y el grande amor   Dios, idolatría.

La esperanza extendida, hace que el hombre,  
aspirando   la gloria,  
se lance   la ambición, porque le nombre  
sol de primera magnitud la historia.

Y ayer perseguidor, y hoy perseguido,  
con el fuego y el hierro,  
va el hombre con su gloria haciendo un ruido  
como el que hace la res con el cencerro.

Y hasta es la caridad una estulticia,  
y no existe conciencia,  
si la ley que hace Dios con gran justicia  
la aplica la bondad con gran clemencia.

Y   qué es la fe agrandada? un buen deseo  
llevado al desvario;  
hay creyente, más tonto que un ateo,  
que es, más bien que un fanático, un impio.

Y lo justo, Señor,   qué es de lo justo,  
si con mayor pericia,  
después del juez, con fallo más augusto  
la equidad ajusticia   la justicia?

## IV

Ya veis que mat  el diablo en lo futuro  
lo bueno y verdadero,  
como el que sorbe un huevo est  seguro  
que se come un presunto gallinero.

## V

Duerme el  ngel, y el diablo, que celebra  
su dejadez tranquila,  
huye escurriendo el cuerpo de culebra,  
reptil en tierra, y en el agua anguila.

## VI

Tocando el polvo, un hálito del cielo  
pasó como un conjuro,  
y Adán, y Eva después, surgen del suelo  
vestidos con sus trajes de aire puro.

Sin linde el vicio y la virtud, absortos  
ven con hondas miradas,  
que siendo las virtudes vicios cortos,  
los vicios son virtudes alargadas.

## VII

Después que de Adán y Eva recibieron  
esta herencia tan triste,  
por el mundo sus hijos se esparcieron  
buscando una ventura que no existe.

Y unas veces gimiendo, otras llorando,  
las pobres criaturas  
en cenizas de muertos van cavando  
para otros nuevos muertos sepulturas.

  Paciencia, hijos de Adán!   Ya un gran cris-  
en vuestro honor decía, (tiano)  
que al marchar por el mundo el ser humano  
si el demonio le mueve, Dios le guía!

## ADVERTENCIAS SOBRE LAS NOTAS

La estimación por el poeta, el amor al arte, la novedad del género, las vivas controversias que ha suscitado, y otros motivos, han sido causa de que nos decidi semos á tomar la pluma para poner notas críticas   la presente colección; método,   nuestro juicio, tan útil y oportuno en este caso, como una disertación dogmático crítica, que no sería más que una de tantas, inferior, sin duda, en mérito   las publicadas hasta el día.

Las dificultades habidas en el desempeño fueron mayores de lo que en un principio pudimos figurarnos. Seducidos por el ejemplo del ilustre Quintana, no alcanzamos al pronto la diferencia que hay entre juzgar cincuenta y seis poetas de índole, estudios y tendencias tan diversas, eslabonados en el largo período de cuatro siglos, y anotar   éste, de carácter ceñido y concreto, en una sola de sus manifestaciones. De aquí lo laborioso del juicio, la monotonía y las repeticiones enfadosas   cada paso, que impiden toda variedad; razón por la cual, si hubiéramos de perfeccionar este trabajo, no acabaríamos ni quedáramos nunca satisfechos, y más tratándose de un escritor que tanto refleja su tiempo, pues en él están encarnados el realismo y el escepticismo de la época, el espiritualismo cristiano y el panteismo moderno, la fe y la duda, el pesar y la alegría, la exaltación y el abatimiento.

Como la dolora, lleve   no tal nombre, si bien alguno ha de tener, y nadie más respetable que su autor para ponerle, es realmente un género nuevo, sin filiación bien notoria en nuestra literatura patria, pareci nos oportuno, con las citadas notas, tratar de escudarle contra todo extravio en que pudieran dar los imitadores, exagerando los pecados veniales de que adolece, sin desarrollar sus bellezas, como ha sucedido con Góngora.

El lector no debe considerarlas como un trabajo completo hasta en sus detalles; no ha sido, ni debía ser, este tal propósito; porque, de serlo, pecar amos de enfadosos y pesados, partiendo del supuesto de una ignorancia completa en el que leyere. Queda, por lo tanto, que estudiar bastante sobre el mérito de la rima, la variedad de la combinación de metros y de estrofas, la belleza de la versificación, el uso de tropos y figuras, la corrección del estilo; en general, la filiación de algunas doloras con otras en que   veces se sigue un pensamiento fijo, hasta agotarle bajo puntos de vista diversos en composiciones sucesivas.

Es Campoamor un poeta de mucha variedad, pero poco propenso por carácter   la morbidez y   la blandura; describe con exactitud y concisión, narra con naturalidad y dialoga con energía; pocas veces peca por el argumento cuando no se inclina   la paradoja; en la invención y composición es sobrio, y sus cuadros tienen una terminación feliz y bien graduada; el estilo es   menudo más nervioso que fluido, severo y cortado más que dulce y rítmico, y sus períodos-concisos en demasía   veces, le quitan riqueza, abundancia y número; pero si los versos no alcanzan siempre todas estas cualidades, sobresalen, en cambio, por el brío y por la sentencia.

Confesamos, en fin, haber dicho poco sobre el arte de componer y presentar sus asuntos, porque es una de las cosas que más le caracterizan, puesto que tiene una *manera propia*, verdadera causa de dificultad para imitarle, y en que se correrá riesgo de seguirle, haciéndolo sin el estudio ni la meditación conveniente. Queda también otra cuestión, que hace de la lectura de las doloras: la de saber si el octosilabo es su mejor forma de expresión popular, y del género que el endecasilabo, como lo parece indicar la insistencia del poeta en el uso del metro corto.

Puntos son todos estos que, perteneciendo más   la belleza extrínseca   plástica que   la intrínseca   filosófica, puede el lector examinar por sí con poco esfuerzo; y el no consignarlos con minuciosidad descarga la crítica de una mu, chedumbre de observaciones que,   la altura que ha llegado hoy la educación, parecerían impertinentes y acaso pueriles.

En la elección de las doloras escogidas para ser anotadas no ha habido un rigor extremado; se han incluido algunas doloras más de lo que quizá se debiera, porque esto ofrece ventajas al estudio y   la comparación, pues sealados el mérito de las unas y las imperfecciones de las otras, se ve con más relieve el contraste, y la enseñanza puede ser eficaz y práctica.

Nada más tengo que decir de un trabajo delicado y espinoso, que estoy seguro no satisfará   los doctos. No fué éste mi ánimo, puesto que he tenido presente   la generación que viene y no   la generación que pasa, dándole en tan corto estudio el pequeño caudal de mis conocimientos; amargo fruto del árbol de la experiencia, adquirido con los sinsabores de la vida, los placeres del estudio y el triste privilegio de los años.

Madrid 31 de mayo de 1864.

D. M. RAY N.